Era de noche, y a la hora señalada, decidieron dejar la pieza en la que debían dormir y bajar a probar suerte.

Eran jóvenes, y tenían miedo. Las apariciones se fueron repitiendo una a una, seguidamente, e impulsaron su correr.

En la ventana, apenas salieron de la seguridad de su pieza, el rostro demacrado de un viejo los observaba con odio. Cerraron los ojos y corrieron, evitándolo, para cruzarse con la misma muerte, con su capa negra y extensa, cerrándoles el paso.

Tuvieron que tomar valor de donde no lo había y bajaron las escaleras, llorando. En el piano una criatura peluda y horrenda se agazapaba, gruñéndoles. El menor gritó, pero le taparon la boca justo a tiempo para que ese ser no los oyera. Luego se escondieron bajo una mesa y, lamentando su rebelión, decidieron pasar la noche allí refugiados.

.

Cuando la noche se aclaró, el miedo se fue junto con la oscuridad. Sus ojos perdieron la niebla del temor y ganaron la luz del coraje, y pudieron ver bien las cosas. Bajo el piano el perro de sus abuelos dormitaba, ufano. Subieron las escaleras para encontrarse, riendo, con un abrigo negro que colgaba de la puerta de la habitación para confundirlos en la negrura. No paraban de reír, de su propia cobardía e inmadurez mientras volvían a su ansiada pieza.

Al llegar a la ventana, el viejo seguía allí.